

CERVANTES Y EL ENTIERRO DEL CONDE DE ORGAZ DESDE LA POÉTICA DE FÉLIX DEL VALLE

JOSÉ ROSELL VILLASEVIL
Correspondiente

Pequeña glosa, en memoria de Cervantes y el Greco, basada en la «POÉTICA 'EL Entierro del Conde de Orgaz'», de D. Félix del Valle y Díaz.

«Creta le dio la vida y los pinceles,
Toledo mejor patria donde empieza
a lograr con la muerte eternidades...».

(De un soneto de fray Hortensio, Félix
Paravicino. Publicado en 1641)

«El Greco es el más castizo de los pintores españoles;
impregnando de tristeza a sus héroes en los mismos días
en que Cervantes *forjaba* su eternamente castizo
Caballero de la triste figura».

(Manuel Bartalomé de Cossío)

En los años Cuarenta del XX, Toledo se encontraba con el mismo aspecto que los siglos XVI o XVII. Para un servidor, el muchacho absolutamente ignorante del pueblo cercano, aquel conjunto, urbano era como una imensa catedral nimbada de misterio. A El Greco le faltaba todavía mucho tiempo para nacer en la conciencia de mi ilustración,

Por entonces, un niño toledano de aquella misma edad, poco más o menos, inquieto monguillo de Santa Leocadia, futuro gran



Sesion al da 5. Jun. 0. 1892

[Handwritten signature]

Apunte - Cobertizos

poeta, artesano inminente y eminencia en ciernes de las Bellas Artes, descubre con asombro «El Entierro del Conde de Orgaz», recoleto en la iglesia de Santo Tomé...

Ha transcurrido más de medio siglo y las templadas cuerdas de la lira del Vate cantan las impresiones que guardan en su gloria:

«Fue una visión fugaz.
Fue un relámpago inmenso
que cerró mis pupilas y las abrió a lo ignoto»...

El cataclismo anímico que vivió entonces el travieso chiquillo, aún vibra en la conciencia del hombre equilibrado que persiste en la fe de su sereno otoño. Es luz de aquel instante todavía. Pero...

«¿Hay una luz?
¿A dónde hay una luz?
¿Y un aroma de incienso?
¿Dónde?
¿De dónde salen los cantos gregorianos?...»

Ha detenido su especial atención en la fila compacta de adustos caballeros que contemplan el retorno de la tierra a la tierra y del alma a lo inmenso. Ha visto...

«Cien ideas.
Cien formas de enfrentarse con la vida.
Cien formas de ver llegar la muerte»...

¿Acaso se ha mirado, sin saberlo, en los ojos sinceros del autor del Quijote?

Días después, Santo, Tomé está en fiestas. Las fiestas sencillas del barrio oronadas con farolillos de papel y orquestadas con voces

de la chiquillería. La iglesia tiene abiertas las puertas de par en par y en su interior se encuentra iluminada. Félix ha entrado, con otros rapazuelos y con ellos ha dirigido sus pasos hacia las rejas que hay debajo del coro. Detrás de ellas y de unas discretas cortinas el «Misterio» brilla como brasa... Alguien ha levantado suavemente la tela y ante los ojos del pequeño poeta se reproduce el «maravilloso espectáculo»...

«Me encontré de repente en un prado de flores
que, esparcidos sus pétalos al viento,
por la luz de una puesta de sol traspasados,
caían sobre mi, dulcemente abrumando
mi muy débil razón y entendimiento...
... y yo volví a quedar
preso de aquel poema
prendido sobre un lienzo».

Y se quedó pensando, pensando de manera que aquella noche le cerró las ventanas al sueño..., inmerso, en el recuerdo:

«Hay un trueno que rompe en un chasquido
las nubes en un cielo desgarrado...»

El colegio, la Escuela de Artes y oficios, el Instituto..., el poeta, que acaricia en su mente «El Entierro...», es posible que ya se haya encontrado en sus lecturas con el famoso hidalgo Don Quijote.

Es posible... porque el tercer encuentro con el Cuadro, se produce por la decisión compartida, tomada una tarde de lluvia inermite y romántica en el encanto de «Toledo bajo la tormenta». «Y hablamos del pintor de Creta –dice el protagonista–. Yo hice algún comentario sobre «El Entierro del Conde de Orgaz» y, como está-

bamos destinados a compartirlo todo, la salud y la enfermedad, las alegrías y las tristezas, quisimos compartir también las emociones». Es posible... porque al día siguiente, vuelve a contemplar el «Misterio» pictórico, eclipsado en la luz de los ojos de la amada. ¿Dulcinea? Su nombre es...

«Carmen apretaba mi mano
temblando dulcemente
ante aquella visión.
Ya al tiempo iba soltando explicaciones
... «Y bajaron los santos a sepultar su cuerpo»;
... el Greco les vistió de ricas ropas»...
También quedó prendada.
A nuestra boda fuimos
prendidas ambas almas
del mismo hilo
tremendo».

Don Alonso Quijada hubiese llorado de emoción leyendo estos versos.

«No has pintado un entierro, es un camino
para embriagar de fiesta mi conciencia
sin confetis ni música ni vino».

¿Conocía nuestro poeta artesano que «El cura de la sobrepelliz transparente» (Don Andrés Núñez de Madrid), fue amigo del Príncipe de las Letras Españolas, Miguel de Cervantes Saavedra?

«¡Ay!, cura del roquete
de transparecía hermosa,
de mirada prendida en el cielo,
de la dulce sonrisa,
de la saya tejida de alas de mariposa...»

Los vates, sabidores son de los misterios aunque tienen costumbre de afirmar preguntando:

«¿Qué miras con fervor en lo más alto?
¿No, atiendes al entierro?
¿No te importan los santos
que han bajado?
Dime qué has descubierto.
Cuéntales tu visión a los de abajo,
recobra ya el aliento»...

Tenía que ser Cervantes quien nos contara, en 1605, que el espíritu creyente de España –mística y guerrera– flotaba con Don Quijote, ya en ciernes, en la trama tremenda del Entierro que se funde con la Historia y la Leyenda de Toledo...

«Dile al Greco que empuñe sus pinceles
y nos cuente una historia
alucinada».

Y a su modo la pinta, lo cuenta:

Érase que se era...

Había un hidalgo perdido en el Tiempo y el Espacio «De los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor...»

Y renació en el Alcaná de Toledo en la visión fantástica de Cide Hamete Benengeli, autor árabe y toledano acogido a la gloria señera de la Ciudad de las Tres Culturas.

Otra vez

LOS NIÑOS FRENTE AL CUADRO.

«Dios tuvo a bien darnos hijos –dice el poeta–. Tres... Cultivar su sensibilidad pasaba por una obligada visita al cuadro, que tanto

me había hecho, a mi sentir desde pequeño y ante el que un día su madre y yo nos estremeceríamos cogidos de la mano...»

«He guiado su vista por el Lienzo.
Les he dejado ver y escudriñar.
Después he respetado su silencio...
Luego he querido presentarles
a mi amigo el pintor
que en el lienzo esperaba;
y a su hijo,
que señala una flor,
en un terno
bordada».

«Los hijos, señor –dijo Don Quijote–, son pedazos de la entraña de sus padres, y así, se han de querer, o buenos o malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida...»

Q, II-XVI

Y AHORA LOS NIETOS...

«No será ésta la última oportunidad de mostrar el cuadro a mis descendientes –escribe Félix del Valle–. Habrán de venirme algunos otros nietos, y los traeré también si es que me queda aliento ...»

«Subiendo la escalera con mis nietos
me siento fatigado.
Son muchos años ya tirando de este carro
de mis sueños.
Por fin hemos llegado.
Me sueltan de la mano.
Yo ya no soy su dueño.

Les ha atrapado el cuadro y su silencio.
Quieren meterse en él y beberse
su fuego.
De pronto, cien preguntas
y cien respuestas luego.
... Y otra vez de la mano,
mis nietos a sus juegos
y yo a ir buscando ya
templar mis huesos
al viento del solano».

¿ÚLTIMO ENCUENTRO?

Ése, en la lejanía, duerme hasta que Dios quiera despertarlo...

«Seguro que ya están escritas las visitas que me quedan por hacerle al cuadro. Vendré cuando mi espíritu precise claridades y mi mente recuerdos...

... ¿Podré admirar el cuadro por encima del tiempo?...

«Y yo arrastro mi vida
comprobando
que estoy cansado ya
de tanto estar cansado...

Vuelvo a mi viejo amigo.
Me acurruco a su lado.
Y al calor de sus luces
me quedo
con los ojos abiertos
dormido
y soñando.

Termina el poeta del Greco: «Sólo Dios sabe cuando, veré este cuadro por última vez»...

Aún quedan muchas, muchas veces.

Y porqué –excelente señor y amigo– fuiste siempre temeroso de Dios y seguiste las normas y preceptos que nos da Don Quijote, «serán luego tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, títulos tendrán tus hijos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte, en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos».

Q. II-XLII

